



## CAPITULO VI

**Cómo amaba las almas el Párroco de Ars.—Sus trabajos evangélicos dentro y fuera de su parroquia.**

**D**ESPUÉS de haber trazado los principales rasgos de la vida de Juan Bautista Vianney durante los primeros años de su ministerio en Ars, réstanos referir algunos episodios que dan variedad á la santa uniformidad de su vida.

El corazón del buen Párroco era todo entero de sus parroquianos: los amaba como una madre á sus hijos, y no sólo los amaba, sino que sabía hacerse amar de ellos. Desde que consiguió este triunfo, había una cosa que los habitantes de Ars temían sobre todo, y era contristar á su buen Pastor. Este temor respetuoso (más poderoso que la voz de la conciencia para gran número de personas) contribuyó mucho á alejar de aquel rebaño privilegiado los desórdenes y los escándalos.

Sin embargo, el celo de Vianney se sentía estrechado en esa parroquia de algunos cientos de fieles, y toda su solicitud pastoral no bastaba á alimentar el fuego sagrado que ardía en el fondo de su corazón de apóstol. Conociendo los Superiores ese malestar,

le ofrecieron otra parroquia más importante en uno de los más bellos cantones del Beaujolais. Pero, en cuantas tentativas hizo para pasar el Saona y visitar su nueva parroquia, fué detenido por las grandes crecidas que interceptaban las comunicaciones de un lado con el otro antes del establecimiento de los puentes colgantes.

Los habitantes de Ars se alegraban extraordinariamente de esos contratiempos, y sólo deseaban hallar un pretexto para obligar al señor Párroco á quedarse allí. Con este fin, mandaron una comisión á la capital del Arzobispado para exponer el estado de las cosas, y probar que el pueblo deseaba ardientemente se le dejase su Párroco; que éste consentía quedarse en Ars, y, por tanto, suplicaban al señor Vicario general se dignase abandonar el pensamiento de su traslación. Si se hubiese tenido en Lyon el presentimiento del porvenir, y que en la próxima división de la diócesis era posible la anexión de la parroquia de Ars, y su Párroco, por tanto, á la nueva Sede, es indudable que no se hubiera accedido á los deseos de esa comisión. El pueblo bendito, al cual debía embellecer con una aureola tan pura la memoria de nuestro Santo, hubiese quedado en su oscuridad primitiva; y la iglesia de Lyon, que se gloria de poseer la cuna del taumaturgo, hubiera también guardado su sepulcro.

Desde este momento, Vianney se identificó más y más con los parroquianos; su horizonte en el mundo se limitó á ese pequeño rincón de tierra cristiana, en la que todos los destinos providenciales de su vida van á hallar un natural desarrollo.

En la época á que hemos llegado, ya se notaba



bien la acción de Dios en el corazón de los habitantes de Ars. La parroquia estaba desconocida: los bailes, las tabernas, la profanación del domingo, y todos los demás géneros de escándalo, habían desaparecido. La guerra del mal contra el bien no se hacía ya más que en la sombra; pero aún existían algunas almas á quienes no había alcanzado el celo ni la dulce palabra del buen Pastor: sepultadas en las tinieblas de su crasa ignorancia é insensibilidad religiosa, permanecían extrañas al movimiento de resurrección general. Otras no progresaban en el camino del bien; y aunque eran raras las excepciones, no por eso dejaban de afligir al generoso apóstol, que lo atribuía todo á sus pecados.

Los que recuerdan haberle visto entonces, nos le presentan, poco más ó menos, tal como le hemos conocido después. El especial carácter de su fisonomía ya se descubría, pero con un sello austero y un tono excesivamente enérgico: la fuerza era su rasgo más saliente; pero fuerza exuberante, que le hacía muy duro para sí mismo y muy rígido para con los demás. Con el tiempo, la gracia, el trato con los hombre y la experiencia de su debilidad dulcificaron aquellos rudos contornos; y Juan B. Vianney unía á su severidad natural las gracias de la mansedumbre y la unción consoladora de la misericordia. Como las virtudes tienen su genealogía, y nace la una de la otra, la fuerza producirá la humildad primero, y después la caridad, la indulgencia, la longanimidad y la dulzura; así que la autoridad del Párroco de Ars dominaba tanto más, cuanto menos se imponía.

Para hacer entrar en cuenta á sus parroquianos, sabía aprovechar todas las ocasiones; atribuía á sus

faltas las desgracias y desastres con que el cielo les visitaba, y en ellos les hacía oír la voz de Dios. En cierta carta de aquella época hallamos la descripción de una horrorosa tempestad, que en breve tiempo asoló todos los campos y arrebató á los labradores el fruto de sus trabajos, precisamente en vispera de la siega. Los ancianos del país no conservaban memoria de un desastre tan grande. La carta añade: «El santo Párroco nos ha aconsejado esta mañana que lloremos, no sobre nuestras pérdidas, sino sobre nuestros pecados, que son su causa principal.» «Recolectabais vuestras cosechas—decía—sin pensar que Dios las daba. La mayor parte de vosotros le ofendía entonces. Ahora os ha dicho: Quiero mostraros que esas cosechas que recogéis, desconociéndome, son mías. ¡Salvaos! ¡Corred cuanto podáis! ¡Voy á recogerlo todo, porque todo me pertenece...! ¡Voy á destruirlo todo...!»

Vianney hablaba sin cesar á su auditorio de la misericordia y de la justicia de Dios, y hacía uso de todos los medios posibles para inspirar el temor de sus juicios. Presentaba alternativamente á sus miradas las sombrías profundidades del infierno y las brillantes perspectivas del cielo: hablaba de las alegrías del justo y de las desgracias del pecador con verdadera y sublime elocuencia.

Por largo tiempo tuvo la costumbre de escribir sus pláticas para el domingo, y ha confesado que le era muy penoso ese trabajo; fué una de las más duras mortificaciones de su vida. Las componía sin levantar mano, y al efecto pasaba las noches enteras encerrado en su sacristía. Estaba convencido de que el sacerdote, para ser hombre apostólico, debe preparar



con el sudor de su frente el pan de la palabra, y que el mérito de sus esfuerzos atrae la bendición de Dios sobre este ministerio.

Viendo que sus parroquianos no crecían en el amor de Dios á medida de sus deseos, y temiendo que sus pecados y su ignorancia fuesen la causa de tal indiferencia, llamaba con frecuencia á sus compañeros los Curas vecinos; nada le tranquilizaba tanto, contra el temor de obrar mal, como la presencia y cooperación de un sacerdote que creía más sabio é ilustrado que él. Así es cómo en el púlpito de Ars se vieron predicar alternativamente á los Curas de San Trivier, de Tassans, de Chaneis y algunos otros, y Dios bendecía siempre esos piadosos ejercicios. Los pecadores se convertían, los buenos se hacían mejores, y muchos abrazaban la práctica de los consejos evangélicos.

«Estoy en la creencia—dice un testigo—de que  
 »jamás podrán saberse las gracias de conversión y  
 »de salvación alcanzadas por las oraciones del señor  
 »Párroco Vianney; y, sobre todo, por el Santo Sacrificio de la Misa en la época del Jubileo. Entonces se  
 »hizo una verdadera renovación en los corazones, y  
 »al fin de los ejercicios, derramando el santo Párroco  
 »la alegría del suyo, ha podido decir á sus feligreses:  
 »«Hermanos míos, Ars ya no es Ars: muchos años hace  
 »que no se ha obrado en esta parroquia una revolución como la que presenciarnos. He asistido á muchas Misiones y Jubileos, y no he hallado tan buenos sentimientos como aquí.» «Verdad es—continúa  
 »nuestro testigo—que esos grandes sentimientos de  
 »fervor se han entibado algo, pero Dios es servido y  
 »amado. La Religión es generalmente respetada en-

»tre nosotros, y no se oyen ya las inconveniencias y  
 »burlas que hacían objeto del ridículo á los que la  
 »practican.»

Ocurrió una vez que, después de ganado un Jubileo, se anunció otro á poco tiempo: con este motivo se quejaron algunas personas, y el celoso Párroco, al anunciar el día fijado para dar principio á los ejercicios, tuvo cuidado de añadir: «Hay quien dice: «Ya se ha ganado un Jubileo el año pasado: ¿por qué hay otro en este año...?» Oid, hermanos míos: si un Rey ó un gran señor os hubiese dado 3.000 francos, y, algún tiempo después, juzgase conveniente daros doble suma, ¿hallaríais algún mal en su generosidad? ¿Rehusaríais los últimos 3.000 francos porque habíais recibido ya los 3.000 primeros?»

Una voz interior solicitaba sin cesar al celoso Vianney á cumplir con perfección sus deberes de Pastor y sus aspiraciones de hombre apostólico. Sentíase estrechado por el deseo de hacer bien en todas partes y á todos, de trabajar sin descanso, no sólo por la gloria de Dios, sino por su mayor gloria. Así que, en caso de ausencia, los Curas vecinos siempre recurrían á él; y cuando estaban enfermos, les reemplazaba también, lo que sucedía con bastante frecuencia, especialmente en la parroquia de Amberieux, en la Dombés. Si ocurría alguna vacante por muerte ó traslación, á él se le encargaba el servicio hasta su provisión. Esta es la razón por qué se le ha visto servir muchas veces, y por espacio de algunos años, las parroquias de Savigneux, Rance, San Juan de Thuri-gneux y otras. El Cura de Miserieux se llamaba Sr. Duceux: era un amable y excelente anciano de ochenta y dos años, que conservaba las maneras distinguidas



y la delicada finura del antiguo Clero, realzado todo por el mérito común á muchos hombres de su tiempo, que brillaban por el talento, ciencia y piedad. El celoso Vianney servía también de vicario á ese venerable anciano, y tenía con él todas las consideraciones posibles, una entera sumisión y la más respetuosa condescendencia.

El Cura Ducreux, como la mayor parte de los que servían pueblos rurales en aquella época (en que se comprendía la necesidad de reparar los vacíos del Santuario), gustaba de ocuparse en la enseñanza. Tenía en su casa dos ó tres discípulos á quienes enseñaba el canto, las ceremonias de la Iglesia y los primeros rudimentos de la ciencia. El Párroco de Ars era para esos niños un objeto de estudio, lleno para ellos de advertencias, de sorpresas y de ingenuas manifestaciones: á sus ojos no era un hombre ordinario, sino un Santo.

Cuando se presentaba allí, el pequeño colegio se ponía en movimiento para verle y oírle, de modo que ni un solo gesto, ni una sola palabra del buen señor Párroco pasaba inadvertida; los curiosos niños todo lo observaban, todo lo recogían, y de todo sacaban su partido. Uno de ellos nos ha contado que lo que más le admiraba en el venerable Vianney, además de su rostro extenuado y su espantosa demacración, era la constante negativa á las invitaciones del buen Cura Ducreux para que le acompañase en su frugal mesa. Su condescendencia, sin límites sobre todo lo demás, se acababa al llegar á esto, y jamás se consiguió que accediese á tomar otra cosa que unas gotas de café sin azúcar.

Con bastante frecuencia se le avisaba á media

noche para confesar á los enfermos, y siempre se le halló pronto para salir adonde se le llamaba, sin que le detuviese jamás el rigor del tiempo ni sus indisposiciones físicas. En una ocasión estaba tan enfermo, que, al llegar á la casa de un moribundo, se vió precisado á echarse en cama, y en ese estado oyó la confesión, teniendo que llevarle después á la suya en un carruaje.

Los primeros días del año 1823 abrieron á su actividad un nuevo campo, fértil en frutos de salvación. Fué llamado por el Sr. Pasquier, Cura de Trevoux, para tomar parte en los trabajos de la gran Misión que en esa época dieron los sacerdotes de la Cartuja de Lyon. El Beato Vianney no consultaba á sus fuerzas: cuando el bien de las almas y la gloria de Dios le invitaban, nada le detenía; y confiando únicamente en la virtud de lo alto, multiplicaba sus fatigas. Salía de casa el domingo por la noche ó el lunes por la mañana, y recorría una distancia de nueve kilómetros á pie, con la sobrepelliz bajo el brazo y en una estación rigurosísima, como que era el corazón del invierno. El sábado por la tarde regresaba á su parroquia, y pasaba la noche oyendo las confesiones de sus parroquianos. El Sr. Morel, jefe del Instituto de Trevoux, uno de sus antiguos discípulos de Verrières, le manifestó el deseo de que se hospedase en su casa; y aceptó la invitación con la misma franqueza que se le hizo, pero á condición de que no se le había de poner más comida que la frugal del pensionado. «Estoy más tranquilo en tu casa, había dicho á su antiguo camarada, porque tengo más libertad; y no me veo precisado á comer como en otra parte.»

Aunque repugnaba las modestas comidas servidas



á sus compañeros en la casa rectoral, se veía obligado á ir á ellas alguna vez. Un día quisieron sus compañeros pasar un rato de broma, y al efecto procedieron á hacer un inventario de su atavío, lo que hubiera descompuesto á cualquier otro que no fuese el buen Párroco de Ars, ya que ocultaban el interés que tenían á su compañero, bajo la forma de graciosa chanza. Convinieron después en que se hiciese una suscripción para atender á sus necesidades más urgentes, que no eran pocas; y al sábado siguiente le hicieron el regalo de unos calzones nuevos de buen terciopelo, rogándole los llevase puestos, en recuerdo de ellos. Aceptó el regalo el buen Párroco, y regresó á su parroquia con un frío muy intenso: al llegar al punto más alto del camino, llamado *Las Bruyères*, halló un pobre medio desnudo y aterido de frío, y al verle en tan mal estado el nuevo San Martín, le dijo: «Tienes mucho frío, ¿no es verdad, amigo?» Y luego, sin esperar la respuesta, se ocultó tras un zarzal, y apareció bien pronto con los calzones en la mano, y con ellos cubrió la desnudez del pobre de Jesucristo. Algunos días después se presentó en su casa una pareja, para saber si utilizaba el resultado de la suscripción de sus amigos. Embarazado al ver lo que él llamaba su visita domiciliaria, dijo á los inspectores amigos, en tono de amable broma: «Lo que me habéis regalado lo he dado, en renta por vida, á un pobre que »hallé viniendo por *Las Bruyères*.»

El domingo siguiente, volviendo de su parroquia, halló al anochecer, en un sitio llamado *Los Grandes Balmes*, otro mendigo, que, encorvado bajo el peso de los años, no se atrevía á correr el peligro de un paso obstruido y resbaladizo. El Párroco de Ars le co-

gió del brazo, y le ayudó á bajar: apoyándose el uno en el otro, llegaron á terreno llano, y entonces el venerable Párroco cargó sobre sus hombros la pesada alforja del pobre viejo, y no la dejó hasta la entrada en Trevoux, donde temía ser sorprendido en el ejercicio de aquella obra de caridad.

De los apuntes de la buena Catalina resulta que todo el tiempo de aquella Misión, que duró cinco semanas, el Párroco de Ars se vió abrumado bajo el peso de la confianza general. Su capilla estaba llena de gente, y era tanta la concurrencia y apretura, que un día arrastraron su confesonario. Todas esas señales de estimación provenían, especialmente, de la clase ilustrada. Los magistrados de la ciudad, los jueces, los funcionarios públicos y los letrados se dirigían casi todos á él. El Subprefecto no hablaba del santo sacerdote sino con admiración; y aun cuando elogiaba extraordinariamente la elevación de sus miras, la sabiduría de sus consejos y la suave firmeza de su dirección, decía con cierto sentimiento y resignada tristeza que «ese Curita de Ars habia estado terrible »contra las diversiones y bailes de la Subprefectura. »Por lo demás, añadía, tiene razón y procuraré obedecerle.»

Las maravillas obradas en la Misión de Trevoux hicieron célebre el nombre del celoso Vianney en toda la comarca, y, á contar desde ese solemne momento, ya no se pertenecía. Los Curas disputaban sobre quién habia de llevarle á su parroquia, y el Jubileo del año de 1826 vino á proporcionar á muchos de ellos el beneficio de esa cooperación tan deseada. El humilde Misionero fué sucesivamente llamado á Monmerle, á San Trivier, á Savigneux, á Chaneins y á



San Bernardo, cerca de Trevoux. En esta última parroquia estaba solo para todo lo que había que hacer, y satisfacía cumplidamente. Desde los primeros días la población cambió de aspecto, y al primer toque de la campana dejaban los paisanos sus trabajos, y no se veía una persona en el campo. Los domésticos rogaban á sus amos que les permitiesen oír al Párroco de Ars, y les decían: «Preferimos que se nos rebaje de nuestro salario lo equivalente al tiempo que pasemos en la iglesia, antes que perder esta ocasión.» El Cura de San Bernardo decía también del humilde Vianney: «Yo tengo un buen obrero, que no hay quien se le parezca, porque trabaja mucho y no come nada.»

En una circunstancia solemne fué invitado el venerable Vianney á predicar en Lima, pequeña, pero hermosa parroquia, que es como un arrabal de Villafranca. Se excusó cuanto pudo, creyéndose indigno de ese honor. Mas había allí un Cura que le amaba mucho; insistió en la idea de hacerle predicar en su parroquia, y para obligarle le dijo que, cayendo la fiesta entre semana, el auditorio sería poco numeroso y de personas sencillas. El santo sacerdote, que era la misma condescendencia, y no sabía negarse tratándose de la gloria de Dios, cedió al fin; pero abrumado bajo el incesante trabajo del confesionario, llegó el día sin haberse preparado. En la gran desconfianza que de sí mismo tenía, antes que por el ejercicio continuo del púlpito hubiese adquirido la gran facilidad que todo el mundo reconoció en él, experimentaba, cuando iba á predicar, aquellas penas interiores que sólo comprenden quienes las han pasado: es la pesadilla de un hombre condenado á caminar sin piernas. Llegó, en fin, pareciéndole

que no hallaría una palabra que decir, ni una idea que expresar: habían comenzado ya las Visperas, y la iglesia estaba llena. Al anuncio de que el santo cura de Ars iba á predicar, lo más escogido de la sociedad de Villafranca concurrió á oírle, movida por un sentimiento de viva curiosidad. Veinticinco sacerdotes, ó poco menos, ocupaban el presbiterio; y la vista de esta imponente reunión acabó de desconcertar al predicador, que creyó desfallecer en aquel momento. Mas, un poco repuesto, después de haberse encomendado á Aquel que ha prometido á los Apóstoles hablar por ellos cuando tuviesen necesidad para su gloria, salió de su recogimiento como de un santuario interior; subió al púlpito, y en un lenguaje sencillo, tal vez incorrecto, pero lleno de unción y de verdad, comenzó á derramar la divina palabra sobre su auditorio, inundando sus corazones con las aguas puras de una abrasada caridad. Les habló del amor de Dios, como suelen hacerlo los Santos, es decir, con la inspiración y gracia que cautiva los corazones, y con aquellos acentos inflamados á que ceden las voluntades más rebeldes. En suma, hizo derramar copiosas lágrimas á personas no acostumbradas á llorar por semejantes motivos.

Aun cuando Juan Bautista Vianney trabajaba sin cesar por el bien de las almas, no se olvidaba de la suya; se santificaba á sí mismo para poder santificar mejor á los demás. No olvidaba el reposo de la oración, que el Divino Maestro aconsejaba á sus discípulos; había adquirido el hábito de los hombres apóstólicos, que salen de Dios por la acción cuando deben ocuparse de algún ministerio, y vuelven á entrar en Dios por la oración, cuando pueden. Satisfacía su



necesidad de orar por esas continuas aspiraciones ó elevaciones espontáneas del alma, que suben á Dios como el rayo de luz á su foco, y como la llama al cielo. Consagraba un tiempo considerable á la meditación, á la lectura de la vida de los Santos, que era su lectura espiritual favorita, y á la visita del Santísimo Sacramento. Estas no eran visitas rápidas, hechas á la ligera: se le veía largas horas postrado á los pies de Nuestro Señor ante el tabernáculo, en cuya prisión le tenía encadenado su amor. El trabajo no era para él otra cosa que continuar la oración: en él hablaba á Dios ó de Dios; le amaba y hacía que le amasen.



## CAPITULO VII

**El Asilo de la «Providencia» de Ars.—Sus humildes principios.—Milagros para sostenerle.—Virtudes que en él se practicaban.**

**H**EMOS visto hasta aquí al bienaventurado Vianney emplear el fuego de su ardiente celo en obras de amor de Dios; éste es, en efecto, el primer objeto de la caridad, pero esa caridad jamás está sola: ella produce siempre otra. «El que ama á Dios, ama también á su prójimo.» (I Joan., IV, 21.) La necesidad de amar que sentía nuestro Santo, sólo podía satisfacerse con obras, y esto le preocupaba desde que fué á Ars. Veíase rodeado de miserias sin número; hubiera querido remediarlas todas, ó al menos atender á las más urgentes, y por esto se fijó en la idea cristiana de establecer un Asilo de orfandad: esto equivalía á venir en auxilio de triple necesidad por un solo camino: era acoger y poner á la vez á cubierto de todo peligro á la debilidad de la edad, del sexo y del desamparo.

Esta obra, como todas las de Dios, nació casi insensiblemente. Había tras el coro de la rústica iglesia, y al Oriente de la plaza mayor del pueblo, una casa nueva muy bien construída. «Si este edificio